

Historia de masas, Política y Educación en Argentina¹

Pablo Semán

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Silvina Merenson

Instituto de Altos Estudios Sociales - Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Gabriel Noel

Universidad Nacional de San Martín / FLACSO

¿Quiénes son los que en cada sociedad narran la nación con mayor repercusión? Si bien es imposible dar una respuesta única a esta pregunta, en lo que hace a las clases medias de la Argentina encontramos un conjunto de discursos que, dadas sus repercusiones de público, son innegablemente tenidos en cuenta a la hora de pensarla e imaginarla. No sabemos si superan en influencia a la educación escolar, la política partidaria, o al discurso estatal, pero sabemos que compiten con ellos y sabemos también que estos discursos pueden y deben ser analizados como un recurso estratégico en la producción de las percepciones de la nación y en las formas nacionalmente diferenciadas de articular esa percepción.

Hablamos de la **literatura histórica de masas**, libros que durante los últimos cinco años han ocupado un lugar destacado en la lista de los textos más vendidos en el país y cuyos autores –a los que llamaremos “intelectuales de masas”– son referentes de opiniones políticas generales que se enuncian desde el ámbito más amplio de la cultura. Para ellos la superación de lo que llaman “decadencia” y “estancamiento argentino” implica una operación de “re-tradicionalización” en tanto el pasado es recuperado una y otra vez, de forma deliberadamente parcial, para fundar utopías que aspiran a superar un presente decepcionante: estos intelectuales argentinos coinciden en su disconformidad y en considerarse herederos de una facción derrotada, en la que hallan sus modelos de futuro.

A lo largo de este artículo intentaremos ocuparnos de una consideración frecuentemente soslayada en los análisis locales de estos autores y de sus obras: ¿cuál es el valor político de la aparición y circulación de estos libros?, ¿cuál es la relación del fenómeno con la vida política del país y especialmente con las representaciones de la nación que se dividen y constituyen en la vida política? Anticipando un poco nuestra respuesta diremos que estos libros han mediado en la reconstitución de los sentimientos nacionales y los compromisos políticos en una secuencia que ha pasado de expresar la distancia y la expatriación simbólica a enunciar ciertas formas de compromiso histórico-político. En esa secuencia estos libros han articulado la demanda de explicaciones por el “fracaso nacional”, las narraciones histórico-políticas de la nación en que se entraman y renuevan las matrices liberales, populistas y jacobinas y los efectos de reconstitución de esos relatos que se han originado en los últimos treinta años de nuestra historia. Intentaremos mostrar, asimismo, de qué manera, a medida que pasa el tiempo, la circulación de estos textos adquiere nuevas formas y ocupa nuevos medios, insta-

lándose de manera a la vez notoria y conflictiva, en el centro del dispositivo escolar, lo que supone nuevos desafíos respecto de la enseñanza de la historia y de la socialización política de las generaciones más jóvenes.

1. La historia de masas y la crítica académica

Desde hace algunos años el gusto de los lectores consagra como *best-sellers* una serie de libros que tiene como centro exclusivo o parcial la historia nacional o las formas de ser de los argentinos, considerando el peso del pasado en relación con el presente nacional. Refiriendo el pasado como causa o augurio se encuentran los de los tomos de *Argentinos, ADN. Mapa genético de los defectos argentinos*, de Jorge Lanata, y los tres tomos de *Los mitos de la historia argentina*, de Felipe Pigna. Tal como definiremos este conjunto más adelante, también puede incluirse en la lista *El atroz encanto de ser argentinos* y *¿Qué hacer?*, de Marcos Aguinis; *No somos tan buena gente. Un retrato de la clase media argentina, Tocar fondo. La clase media argentina en crisis, Hecha la ley, hecha la trampa. Transgredir las propias reglas: una adicción argentina*, de José Abadi y Diego Mileo. A ellos habría que agregar *El pelotudo argentino*, de Mario Kostzer, o *Vida, pasión y desventuras de un industrial. La historia de Gatic Sociedad Anónima. La historia de un país*, de Eduardo Bakchellian. En todos estos libros se puede observar una sistemática tarea de diagnóstico de la actualidad angustiante de la Argentina a la luz de una narración que pretende revelar y sintetizar el pasado nacional como una de sus causas.

La profusión y popularidad de estos títulos ha ocasionado la reacción de autores académicos de renombre en el campo histórico e intelectual local como Tulio Halperin Donghi, Jorge Gelman, Mirta Lobato, Luis Alberto Romero, Hilda Sabato y Beatriz Sarlo.² La mayor parte de los análisis y observaciones efectuadas desde el medio académico ha señalado con justicia, y mayor vehemencia aún, las limitaciones historiográficas de esas obras, subrayando su preocupante tendencia a reponer líneas de confrontación facciosa que el progreso político de la Argentina debería superar y de ofrecer en consecuencia una versión simplificadora y superficial de la historia. Al acompañar los argumentos de esa crítica hemos encontrado un obstáculo que se constituye en el punto de partida de nuestro análisis: resulta limitado considerar el fenómeno representado por la circulación de esta literatura con recurso exclusivo a criterios de corrección historiográfica, puesto que ese análisis no permite comprender del todo cuál es el lugar que ocupan en la conformación de la imaginación social y política contemporánea. Arribaremos a esta cuestión considerando estos argumentos críticos para luego desplegar un análisis que intenta encuadrar la situación de esta literatura en relación con las lecturas masivas de la época y en relación con la situación política que vivió el país durante el primer lustro de este siglo. En ese análisis podremos dar evidencias e indicaciones que muestran en qué sentido esta literatura resulta eficaz en el contexto político contemporáneo, de modo de poder valorar más ampliamente su significación.

Hay argumentos críticos que pueden aceptarse sin discusión y de los que, incluso, presentaremos nuestra propia versión más adelante. Por ejemplo, el que imputa a la historia de masas

una retórica que justifica la verdad de su versión en la necesidad de “otra historia” que responde a una supuesta conspiración que traduce en sede académica la victoria, también conspirativa, de los “vencedores de la historia”. Tampoco es discutible el hecho de que esta literatura opera proyectando un presente continuo que es el rasero imposible e indebido de todo el pasado y resulta, por ello, en una visión distorsionada de los diversos momentos históricos y de las fuerzas que lo impulsaron. Asimismo, no parece desatinado el juicio que afirma que la historia de masas se funda más en una dialéctica de personajes históricos que encarnan valores morales opuestos, que en la descripción de una trama de interacciones, intereses, cultura y poder que es el piso de los dilemas de la acción de los que “hacen la historia”: en ese sentido parece ajustada la apreciación que le otorga el carácter de una historia tradicional a pesar de su ánimo contestatario.³ Por fuera de las valoraciones y las reflexiones en torno al lugar que ocupa la historia y su producción, académicos y de divulgadores, para seguir la diferenciación trazada en los artículos aparecidos en la prensa, coinciden en dos dimensiones que también serán centrales en nuestro argumento: ambos destacan la crisis del 2001 como una bisagra en la relación con el pasado y perciben –en diferentes grados meritorios– el efecto de este interés sobre el mercado editorial que, incluso, promovió el espacio para una colección integrada por textos escritos para el gran público, producidos por historiadores vinculados a las universidades y el sistema científico argentino.⁴

En la literatura histórica de masas la vida nacional aparece determinada por la continuidad de una maldición, por la perduración obstinada de una tara constitutiva, una enfermedad congénita incurable o una compulsión incoercible para practicar el mal, la mediocridad, la ilegalidad, la improvisación o el desinterés por el país. Todo esto habla de una moral colectiva débil o perversa cuya apariencia de eternidad le da buenas razones a las intervenciones que señalan el carácter precario de las descripciones sociales de los autores de los *best-sellers*⁵ y también refrenda el carácter esencialista que le atribuye, por ejemplo Romero.⁶ No deja de ser cierta tampoco la afirmación de que la historia de masas pone en escena (y en valor) formas de concebir la nación y la historia de los conflictos políticos nacionales que los historiadores académicos, con justicia, asocian a formulaciones políticas faccionalistas que deben ser objeto de análisis.

Si la “historia de masas”, pese a todas sus inyectivas contra la “historia oficial”, no está dotada de una capacidad de historización superior a la de sus denostados rivales (la mentada historia escolar, el relato tradicional), puede coincidir con la crítica en que, en un sentido específico, “impide la interrogación”.⁷ Pero aún así, debemos detenernos y preguntarnos sobre dos cuestiones que se relacionan con este juicio que, aunque no nos lleven a contradecirlo, nos obligan a generar otra ventana para el análisis de esta literatura: ¿caso la mejor escuela imbuida del mejor programa de historia que pueda concebirse podría asegurar un grado elevado de reflexividad social? Además: ¿hasta qué punto los relatos y narrativas que apuestan a las identificaciones no promueven, a su manera, un desarrollo de una forma especial de reflexión social cuyo valor debemos explorar? La reflexividad social está indisolublemente ligada a las formas de emoción y de imaginación social y política con las que interactúa. La formación de una y otra es un proceso que ocurre con, pero también más allá del plano escolar, aunque

históricamente puede variar el grado en que la escuela participa del mismo. La formación de categorías y valores políticos no se nutre solamente de la línea historiográfica dominante sino de interpelaciones simbólicas que pueden envolver esa línea historiográfica, de condensaciones de información e intensidad emocional que dialogan con los símbolos preexistentes que presiden la “recepción” de las apelaciones políticas, estéticas e históricas. Se “piensa” en un proceso de descentramientos y conmociones que permiten modificar posiciones, efectuar síntesis o disociaciones. Se piensa situado y situacionalmente a través de *habitus* que se modifican, y, en este contexto, puede o no desarrollarse una imaginación social imbuida de razón y reflexividad sociológica. No es que los medios a través de los cuales ocurren los sucesos no sean importantes. Pero el hecho de que los cambios de sensibilidad política y social ocurran a través de productos académicamente débiles no puede oscurecer el hecho de que son socialmente eficaces. Aun coincidiendo con la crítica de los historiadores académicos respecto de la práctica historiográfica de los historiadores de masas, es preciso reconocer que resulta necesario historizar a los historiadores masivos y a sus lectores en relación con las formas de imaginación social, más que rivalizar con unos e iluminar a otros.

Debemos profundizar, por último, en un argumento propuesto por Luis Alberto Romero. Éste observa, quizás con razón, que estamos en presencia de “una forma degradada de la historia de divulgación, encabalgada en los medios masivos de comunicación y producida de acuerdo con las reglas del mercado. Se trata de historia escrita para vender: en suma, una mercancía”.⁸ No podemos dejar de señalar que, aun en el capitalismo hipotéticamente más puro, todo lo que tiene valor de cambio posee valor de uso. La historia masiva está producida para ser vendida, pero su ajuste a la demanda tiene otras razones que el desarrollo del mercado. La historia política y la propia historia de la educación de la Argentina le dan a la demanda de historia un valor de uso que ha hecho de algunos de los agentes capaces de producirla grandes vendedores. Eso no legitima académicamente a los historiadores de masas como ellos mismos argumentan, pero no autoriza a minimizar el problema del sentido con que sus obras circulan, un sentido que excede y posibilita el fenómeno de mercado. Por otra parte, debe decirse que describir esta literatura sobre la base del mecanismo por el cual se propaga es incurrir en un tipo de reduccionismo análogo al que surgiría del intento de agotar la interpretación de la música popular en el hecho de que es comercial.

2. Los *best-sellers* desde el 2000

Resulta importante una primera observación que nos permitirá situar desde una óptica diferente y tal vez iluminadora, los libros que debatimos. Es preciso contextualizar esta producción en el seno de una tendencia más general en el consumo masivo de literatura y en el devenir histórico del país, atendiendo a continuidades y discontinuidades que pueden hacernos comprender por qué el fenómeno es más amplio que la historia de Pigna –su productor más difundido– y cuál es el contexto de esta última en relación con una dinámica social y cultural compleja y variada.

Como hemos ya adelantado, desde el año 2000 en adelante, entre la literatura de no ficción más vendida, figura una categoría especial. Hasta 2001 los libros de no ficción más vendidos incluían, además de la literatura de autoayuda, títulos dedicados a la historia del siglo XIX, frecuentemente a través de biografías, títulos dedicados a la historia reciente, o bien títulos dedicados a cuestiones del presente político. A medida que avanza el siglo, la cima del consumo comienza a ser ocupada por libros que tratan el conjunto de la historia como un prolegómeno del presente o que intentan tratar la actualidad a partir de una perspectiva histórica. Aquellos que abordan globalmente la identidad nacional, la forma de ser de los argentinos, incluyen muchas veces una excursión al pasado histórico considerado como causa o augurio. Entre esos libros se encuentran los que mencionamos al comienzo de este punto.

Todos estos libros comparten algunos rasgos comunes. Son libros que buscan echar luz sobre el presente a partir del testimonio biográfico, el ensayo crítico sobre los comportamientos nacionales o la exploración histórica. Actualidad e historia se funden en un mismo objeto que parece convocar la voluntad de lectores de las clases medias y de productores que se dirigen al importante mercado que esta voluntad de lectura representa. Resulta por demás interesante que en los textos sometidos a juicio no sólo se realiza un ejercicio opinable de historiografía sino también un conjunto de formas de sensibilizarse frente a la Argentina y al hecho de ser argentino. La curiosidad por aspectos parciales del pasado, la atención a fenómenos y a figuras históricas específicas que llamaban la atención de una parte del público en las décadas anteriores son sustituidas por la tentativa de comprender y explicar las causas de una insatisfacción generalizada que exige enjuiciar al país diacrónica y sincrónicamente. Los autores de los libros comparten la premisa que concibe al presente como el efecto de un supuesto fracaso nacional del que habría que dar razones. La percepción de este fracaso como resultado de un mal de larga duración que culmina en un derrumbe final implica directamente que se lo trate en perspectiva histórica o como un *habitus* nacional que surge de la forma en que los datos de la historia –los peores– se inscriben en una persistente y ruinosa forma de ser nacional. Y si eso es lo que está en juego, entonces no es tan arriesgado afirmar que la circulación de estos libros puede ser enfocada, más ampliamente, como un capítulo de las relaciones entre grupos sociales (sobre todo clases medias), literatura de masas e implicación política. Tanto es así que los críticos de esta literatura suelen manifestar su preocupación ante la posibilidad de que la llamada “historia de mercado” entrañe un peligro de naturaleza política.

La insatisfacción, es necesario recordarlo, es un dato central del contexto en que esos libros ascendieron a un primer puesto en las ventas masivas. En los momentos más agudos de la crisis reciente que se inicia en 1998, que alcanza su pico en 2001 y que recién comenzará a moderar sus embates en 2003, las clases medias consumidoras de esta literatura, vivieron momentos dramáticos en su relación con el país como terreno para el desarrollo de sus proyectos de vida. Para muchos éste se transformó en el límite al desarrollo personal, en la causa de su imposibilidad de progresar, mientras que tiempo después, para esos mismos, o para otros miembros de las mismas clases medias, el país maldito pasó a ocupar el lugar de un familiar doliente, alguien con quien se compartía el sufrimiento o el motivo de un cierto orgullo que

se reconocía a sí mismo como renovado. El período de auge de esta literatura coincide con el período que contiene estos momentos y no ha sido ni obvio ni aceptable para la mayor parte de los analistas el hecho de que uno y otro giran al alrededor de la nación como causa del malestar u objeto de la reparación. Todos estos títulos, en efecto, pretenden captar y exponer, al mismo tiempo, la actualidad, la identidad y la historia de los argentinos en el marco de una oscilación que va de la autodenigración sistemática a la “recuperación del orgullo nacional”.

No es este el único criterio que le da unidad al conjunto. También lo hace el hecho de que los lectores refieren a ellos como un conjunto y que, entre los lectores, algunos compran varios de la lista. Algunos de los lectores que entrevistamos leen, al menos, dos autores del conjunto que presentamos y lo mismo muestran los datos de compras asociadas de las librerías. Por otra parte, las voluntades que se congregan en la compra, consumo, producción y circulación de estos libros no parecen ser ajenas a una intencionalidad política emergente. Por suposición central, en una red de lecturas políticamente interesadas y encontradas, estos textos y sus lecturas se ofrecen como una vía privilegiada para analizar el estado y la dinámica de las representaciones políticas de las clases medias y su forma de relación con la nación, un juego de elaboración de los sentimientos bajo los cuales la condición de argentino es el resultado de un ir y venir entre la autocrítica mordaz y la conciliación que se desarrolla a través de diversas comprensiones de la historia nacional. En este punto la literatura histórica de masas funciona de un modo análogo al que identificó Claude Lévi-Strauss en las narrativas míticas vinculadas a la Revolución Francesa y la temporalidad. Es la “doble estructura” de los relatos míticos, al mismo tiempo histórica y antihistórica, lo que permite que las personas construyan, simultáneamente, relaciones con el pasado, el presente y el futuro, encontrando en esta literatura un código que impulsa esquemas de acción en el presente y proyecciones hacia el futuro, tal como veremos a continuación.

3. Tres figuras actuales de la relación con la nación

Cada uno de los libros del conjunto que citamos está habitado por ambigüedades que han dado lugar a múltiples lecturas.⁹ Las tensiones son el resultado no necesariamente advertido de un juego de influencias que deviene de las urgencias del mercado, pero también de las preocupaciones de los autores, que son conducidos por una coyuntura conmovedora a buscar explicaciones en la historia y a retomar lecturas que circulaban entre el olvido y los círculos de especialistas en la historia de las ideas. En un lenguaje actual reponen, a veces reelaborando, a veces ignorando, las tensiones intelectuales del pasado y las formas en que ellas narraban y problematizaban la historia. Esa ambigüedad se manifiesta en el plano de las relaciones entre el autor y el país o entre los lectores y el país a partir de los libros. En ellos, en las lecturas y los hechos en que se vinculan lectores y escritores, puede discernirse la convivencia de tres figuras de esa relación: la “**distancia**”, que implica una especie de expatriación simbólica; el “**reproche**”, que asume, en una exposición descarnada, una sobrecarga de ineptitud histórica en comparación con las sociedades a las que se toma por modelo posible; la “**voluntad**” de

ser argentinos, que introduce las visiones surgidas de un balance que hace lugar a los hechos que generan el pesimismo y el “reproche”, pero reconoce potencias, virtudes y se implica en diversas formas de rescate y proyecto de nación.

3.1. Distancia

Entre los libros que analizamos, el de Abadi-Mileo presenta cabalmente la experiencia del divorcio entre el sujeto y su nación. En la voz de migrantes, que son lectores de estos autores, y que enviaron cartas que luego se incorporaron a la edición y hoy forman parte del texto, aparece un motivo que excede a la experiencia de la migración: la distancia y la hostilidad, la rescisión, muchas veces lamentada y dolorosa, de un lazo de afecto positivo y de esperanza, son una posibilidad extrema en la elaboración de la insatisfacción con el país. La separación, la distancia y la hostilidad frente al país no son necesariamente permanentes, ni aparecen como una vivencia tan frecuente a medida que pasa el tiempo, pero la “distancia” es siempre una posibilidad, una vez que el país parece plantear contrariedades a los proyectos personales.

La distancia es un tipo extremo y especial de experiencia que constituye el fondo virtual contra el cual se recortan, reaccionan y comprenden mejor otras figuras de la relación con la nación. Entre las voces invocadas por los libros como una forma de cuestionar la realidad nacional se encuentran las de los migrantes. Las palabras de los migrantes exhiben la vivencia del país como un “límite” a la posibilidad de “progresar” –en sus casos más vívidos una separación radical entre el proyecto de vida y la permanencia en la Argentina– y portan un elemento de expatriación simbólica que puede o no acompañar la migración y formulan una distancia radical respecto de la nación.

La expatriación simbólica es el fantasma polémico de muchos de los que piensan el país con esta literatura. El cosmopolitismo atribuido a las clases medias en la Argentina, interpretado a veces como una supuesta irresponsabilidad nacional y otras como un hipotético carácter civilizado, tuvo una connotación específica y transformada en los '90, que reescriben la Argentina “europea” como una Argentina que era “parte del primer mundo”. Así, en el contexto inmediatamente previo a la caída de estas premisas, el contenido de la “distancia” afectiva está dado por la idea recurrente de que ciertos comportamientos característicamente argentinos dejarían al país “*fuera del mundo*”. Las experiencias de ruptura del vínculo con la nación son, por tanto, experiencias de denuncia de la nación, de una “tierra maldita” que se “aisla del mundo” refugiándose en una idiosincrásica ineptitud histórica, cultural y moral.¹⁰

¿Qué valor tiene esta representación en las experiencias de los que se quedan y viven su pertenencia de otras formas, con pesar, con horror, o con “voluntad” de regeneración? La ola de voluntades de migración públicamente expresadas con sentimiento patricida ha pasado. Esto, en un punto, demuestra un atributo más de las figuras que describimos: son momentos de un proceso. La migración y, sobre todo la ruptura, son un fantasma que constantemente se activa en el horizonte simbólico del circuito de autores y lectores que examinamos. Justamente porque la “distancia” y el divorcio son posibles es que las visiones críticas presentes en los

libros se obligan a explicitar que su voluntad no es contra el país y que es necesario mantener la pertenencia nacional. Así, la posibilidad de la “distancia” organiza las reacciones posteriores y más frecuentes como una premisa tácita pero activa en la construcción del “reproche” a la argentinidad y en la activación de la “voluntad” de ser argentinos que son las figuras que continúan este análisis.

4. La argentinidad como reproche

En la serie de libros que mencionamos se presenta invariablemente una larga lista de atributos negativos que caracterizan al “ser argentino”. *El atroz encanto de ser argentinos y ¿Qué hacer?*, de Marcos Aguinis, y los dos tomos de *Argentinos*, sus respectivas versiones recomendadas para la enseñanza media y *ADN. Mapa genético de los defectos argentinos*, de Jorge Lanata, son ejemplos paradigmáticos de la exposición cruda y descarnada de una argentinidad vergonzante. A pesar de la distancia de sus posiciones político-ideológicas –liberal-conservadora o de centro-derecha la del primero, progresista o de centro-izquierda la del segundo– coinciden en forma reveladora en un piso común en cuanto a las referencias y al espíritu agrio con que observan la argentinidad.

Sus respectivas exposiciones están organizadas en torno de una serie de eventos que, vinculados al pasado, hacen andar a los lectores por un relato del “ser argentino” colmado de imputaciones, errores, culpas y vergüenzas. *El atroz encanto de ser argentinos y ¿Qué hacer?*, de Marcos Aguinis, se asientan en la idea de un “pasado de grandeza” que hemos perdido. Ese pasado se corresponde especialmente con el liberalismo iluminista de la “Generación del ‘80”: una Argentina cuyos “*dirigentes se abrazaban en los grandes objetivos de la nación*”, la importancia dada a la educación era “*base de nuestra opulencia*”, y “*nuestros recursos naturales*” y “*climas*”¹¹ serían la garantía del futuro. *El atroz encanto* se propone explicar cómo fue que la Argentina aluvional, “*convertida en El Dorado de media Europa*”,¹² se transformó, a partir de un proceso de “*descenso lento, obstinado, que lleva siete décadas*”,¹³ en un país caótico, corrupto, clientelista, dilapidador, ocioso y desorganizado.¹⁴ Las imágenes que Aguinis evoca para sustentar estas caracterizaciones adquieren la forma y la contundencia de las emociones, que se dirigen al lector para preguntarle:

¿Cómo se llegó a esto? ¿Cómo pudo convertirse en terrible un país henchido de riquezas, alejado de los grandes conflictos mundiales, donde casi no hay terremotos ni ciclones? ¿Por qué es terrible un país donde su población carece de conflictos raciales estructurales, no supo de hambrunas ni de guerras devastadoras?¹⁵

El objetivo de estas preguntas es impulsar un relato de la historia que de cuenta del modo en que los argentinos “*hicimos de la queja perpetua un deporte nacional*”, “*dilapidamos irresponsablemente nuestros recursos públicos*”¹⁶ y nos tornamos “*frívolos*”, “*arrogantes*”, “*individualistas*” y “*ventajeros*” que siempre depositamos la culpa de lo que nos sucede “*afuera*” o en el azar.¹⁷ La visita al pasado para dilucidar el presente se sostiene y se resuelve en una clave moral y cultural, más que en una económico-social. La respuesta hallada por Aguinis es la ausencia

de una síntesis entre “dos Argentinas”. La primera de ellas es la que se corresponde con la “*tradición ibérica*”, que contiene “*elementos autoritarios, jerárquicos y conservadores*”.¹⁸ La otra Argentina es la de la tradición representada por Europa y los EE.UU., “*la de la democracia, el progreso y los derechos individuales*”.¹⁹ La enumeración de los males que siguen está directamente vinculada a esta ausencia de una necesaria síntesis.²⁰

En el caso de Lanata, narrar la Argentina es nuevamente la narración de una dualidad construida a partir de oposiciones de larga data. Así, a la distinción entre un “país formal” y uno “real” (Echeverría) o entre una “Argentina visible” y otra “invisible” (Mallea), Lanata superpone una Argentina “*ficticia*”/“*irreal*”/“*abstracta*”/“*conservadora*” por oposición a una Argentina “*real*”/“*vigorosa*”. La primera es la que definió al “*gaucho como vago y mal entretenido cuando si hubo alguien que no quiso mover un dedo fueron precisamente los españoles*”; es la del “*traje teórico*” que nos permite “*creer que somos lo que queremos ser*”,²¹ es, finalmente, la “*Argentina que no quiere que ocurra nada*”.²² La otra, “*la real*”, es la Argentina que Lanata se propone descubrir a partir de la denuncia y la búsqueda de la verdad ocultada, entendida como un doble movimiento que, al tiempo que destituye la “historia oficial” identificada con la “historia escolar”, ubica en su lugar lo que parece ser un cambio en la agenda y en las claves interpretativas de la historia argentina.²³

Despejado el espacio que ocupa la “historia escolar”, tanto los libros de Lanata como los de Aguinis revelan fragmentos de una historia narrada en tiempo presente que lee en el pasado las actuales preocupaciones de la clase media. De este modo, el desprecio por la justicia, la autoridad y la ley, la corrupción, la burocracia, los emprendimientos estatales demorados e inconclusos, nuestro constante intento de “zafar” o de buscar una salida individual, entre muchas otras caracterizaciones del “ser argentino”, hunden sus raíces en los tiempos de la fundación de Buenos Aires para atravesar nuestra historia hasta la crisis de Diciembre de 2001. Nuestro pasado, “*un espejo atroz en el que nos negamos a mirarnos*”²⁴ en términos de Lanata, funciona como conducto por el cual dar con una negatividad instalada en nuestro origen. Por tanto, el “reproche” es para estos autores inclusivo. No es referido a “los otros” (funcionarios, políticos, dirigentes), sino a un colectivo que se enuncia en primera persona del plural.

A veces este reproche colectivo puede ser el único horizonte de la lectura, a pesar de que los libros lo tengan como un momento de pasaje que prologa una invocación al compromiso. Otras veces la expresión de la argentinidad como “reproche” es ponderada y aceptada por los lectores a partir de la existencia de una propuesta que le siga, de ahí su caracterización como pasaje necesario. En estos casos, la argentinidad como “reproche” puede funcionar como un momento de pasaje hacia la “voluntad” de ser argentinos, de saldar u operar modificaciones sobre una realidad nacional que es productora y continente de los interrogantes y las incertidumbres que reúnen a la clase media tras la crisis de 2001.

Como hemos ya sugerido, el “reproche”, la denuncia de lo que somos y del modo en que hemos llegado a serlo, deja caer en desuso los lenguajes políticos y sociales, para habilitar una clave interpretativa moral que le resulta más apta para definir la argentinidad como una experiencia negativa: la larga lista de males y fracasos que comparten y rastrean en el pasado

argentino tanto Aguinis como Lanata encierra como elemento común la sustitución de un lenguaje sociopolítico por uno que, cuando no es moral, resulta unilateralmente cultural –como señala Aguinis²⁵ respecto de la corrupción– y en uso de una concepción de la cultura que dista mucho de los consensos actuales a los que arriban los analistas culturales de origen académico. No deja de ser un problema el hecho de que una de las imputaciones más frecuentes a la literatura histórica de masas ha sido esta que acabamos de describir: el tono moralista de la historia masiva, su propensión a emplear la clave cultural de manera aislada de otras dimensiones sociales y como si hubiera una cosa tal como un ser o carácter nacional. Queda por ver en qué medida ese no ha sido un fenómeno de toda la sociedad argentina y especialmente de una buena parte de los intelectuales –tanto académicos como masivos– que durante todos los años ‘90, no encontrando formas de horadar simbólicamente al menemismo, pusieron en circulación el mismo lenguaje que hoy se repudia en las versiones de los divulgadores.

5. La voluntad de ser argentinos y el peso de la historia

Hasta aquí hemos visto que la literatura masiva avala una forma de sentir y actuar negativamente el lazo con la nación. Sin embargo no es ese el único matiz destacable. Entre los autores y los lectores se desarrolla de forma consistente una línea de sentimientos que abraza el horror, el pesar y la “distancia” de la nación en la intención de hacerlos manifiestos como obstáculos de un camino más amplio y prometedor: el de hacer, y sobre todo rehacer, propia la nación.

En el caso de los autores es posible señalar que aun aquellos que, como Felipe Pigna, se orientan hacia el pasado, lo hacen desde una perspectiva que tiene como blanco el presente político. Que “*la historia es terapéutica: trabaja con el pasado para mejorar el presente*”²⁶ es un lugar común que por común no debe ser desatendido, en cuanto implica una propuesta “terapéutica”, la transformación de un presente –al que se denuncia desde una posición que también implica compromiso político–, y la producción política de la historia que está al servicio de la transformación política del presente. Esta función política de la creación de una conciencia histórica se cumple a través de la desnaturalización de lo que aparece como un destino repetitivo y fatal: “*Que Buenos Aires haya sido corrupto por definición y hoy lo sea no es un elemento de fatalidad sino de continuidad histórica*”.²⁷

La afirmación de este compromiso político está presente de una forma más directa en los textos de Lanata y Aguinis que, de diversas formas, convocarán al lector a desarrollar la contracara del gesto que implica abandonar el país, divorciarse de la patria, como hemos mencionado al hablar de la “distancia”. Uno y otro dialogan con el fantasma de la expatriación afirmando caminos y horizontes de salida del abismo que han constituido y evidenciado a través de sus libros. Estos libros, sus lecturas, y estos enunciados dan lugar a formas de implicación que se tornan tangibles en *performances* específicas como las presentaciones en las que los autores subrayan su producción, orientan la lectura y reciben ecos sintomáticos de las apropiaciones que efectúan los lectores mostrando de qué manera los sentidos diversos y contrapuestos en que se enlazan la historia de masas, sus lecturas y la voluntad política a que

da lugar, son también formas de repetir/transformar la carga del pasado. Así, en extremos diversos tanto del espectro político-ideológico como de las narrativas históricas faccionalistas, unos y otros proponen un “regreso” a una potencialidad histórica frustrada y “derrotada”, que cabría reactualizar si se trata de reconstruir un país que “pudo haber sido” pero que no fue. Sin embargo, para algunos lectores, la frustración no es una limitación sino la posibilidad de activar sentimientos de pertenencia o orgullo vinculados a la nación, tal como los expresados por Yeni, profesora en ciencias sociales en la EGB: “lo que hizo Pigna es hacerme sentir más patriota. Porque antes [de leerlo] no me interesaba lo que era Argentina, me daba lo mismo estar en Perú, en México, en Estados Unidos”.

6. Transformaciones ulteriores en la producción y circulación de la Historia de Masas

Hemos visto hasta aquí el papel fundamental que la literatura histórica de masas ha cumplido en los años inmediatamente posteriores a la crisis de Diciembre de 2001 en relación con la reconstrucción del vínculo entre sus lectores y una Nación que habría sometido a duras prueba los vínculos afectivos con ella. Sin embargo, a medida que los “tiempos excepcionales” del escenario post-crisis se van inscribiendo en el pretérito indefinido de la historia reciente, comenzamos a encontrar indicios de que tanto la configuración de producción y circulación de estas obras, como las modalidades y los escenarios de apropiación de las mismas experimentan algunos cambios sugestivos.

Respecto de la primera dimensión, quizás el hecho más notorio esté dado por la expansión y la diversificación de la obra de Felipe Pigna, quien en los últimos tres años ha sumado a sus ya mencionadas actividades como escritor, conferencista y columnista de radio una creciente presencia en medios gráficos y electrónicos. Así lo encontramos, a fines de 2007 y principios de 2008, como director de una revista de aparición mensual,²⁸ a cargo de una columna en el suplemento dominical de *Clarín* –el diario de mayor circulación en la Argentina– intitulada “*Cuando la Historia Parece Repetirse*”,²⁹ responsable por una colección de novela gráfica que lleva por nombre “*La Historia Argentina en Historietas*”³⁰ y como parte integral de dos proyectos televisivos sobre los que volveremos en breve (*Algo habrán hecho...* y *El Gen Argentino*) a lo cual debemos sumar las múltiples actividades de su sitio en la web, *El Historiador*.³¹

Como bien puede suponerse, esta expansión y multiplicación de la oferta no dejan de tener consecuencias respecto de los modos en los que es consumida actualmente la historia de masas,³² particularmente cuando consideramos los productos televisivos arriba mencionados. Para comenzar, ha tenido un efecto colateral nada despreciable en el campo en sentido amplio. En efecto: si en los años inmediatamente posteriores a la crisis de 2001 encontrábamos a la figura y a la obra de Felipe Pigna como formando parte de un conjunto que abarcaba una multiplicidad de autores y perspectivas, ensambladas por diversas operaciones de lectura en configuraciones variadas y variables, lo que encontramos en las entrevistas realizadas a lo largo

de los últimos dos años es que la figura y la obra de Pigna parecen haber eclipsado las de los restantes autores, incluso las de aquellos que rivalizaban en visibilidad con él hasta hace relativamente poco. Así, las menciones a Aguinís o a Lanata resultaban mucho menos frecuentes en el transcurso de nuestras entrevistas o se encontraban con el olvido o el desconocimiento por parte de los entrevistados de su producción en el campo de la historia de masas.³³

Más nada de esto se compara en profundidad, intensidad y alcance con los efectos producidos por los dos programas televisivos que tienen a Pigna como protagonista y participante destacado, respectivamente: *Algo habrán hecho* y *El Gen Argentino*. A lo largo de nuestro trabajo de campo hemos encontrado que tanto uno como otro funcionan, a su modo, como poderosas herramientas pedagógicas, y esto tanto en el sentido más amplio de la palabra como en el más específico y estrictamente escolar.

Algo habrán hecho (por la *Historia Argentina*), que cuenta hasta ahora con dos temporadas emitidas en 2005 y 2006, se presenta como una adaptación televisiva de los contenidos de *Los Mitos de la Historia Argentina 1 y 2*. La narración se presenta articulada sobre la base de un contrapunto entre Felipe Pigna y Mario Pergolini —un reconocido productor y conductor de radio y televisión con amplia llegada a públicos juveniles de un amplio espectro social— en el cual, a través de una serie de diálogos socráticos, los protagonistas van recorriendo escenarios y situaciones críticas de la historia nacional, presentados en un estilo visualmente atractivo y estéticamente cuidado, y que cuenta con la actuación de reconocidos actores de la escena televisiva local encarnando a los diversos personajes históricos. Más allá de las de por sí exitosas mediciones de *rating* televisivo, el programa ha circulado masivamente por fuera de ese formato, tanto en DVD (“copias pirata” grabadas de la televisión primero, ediciones oficiales bastante más tarde) como a través de las diversas plataformas de video y los servicios para compartir archivos de internet (YouTube, Torrent, eMule, etc.).

El Gen Argentino, por su parte, es una adaptación local de un formato surgido en Inglaterra y reproducido en varios países más, que toma la forma de una elección destinada a nominar a “*el argentino más grande*” y que contó con la participación de un “panel de notables” compuesto por dos representantes del campo del periodismo y dos del universo de la historia de masas —Felipe Pigna y una de sus colaboradoras, María Seoane—. La emisión de *El Gen* relanzó algunos de los ejes en torno a los que giró la polémica entre académicos y divulgadores. Nuevamente la prensa fue el espacio en el que quedó señalada “la visión ágil y audaz de nuestra historia” propuesta por Pigna; ya no sólo se trata de una historia “que se anima”, sino de una lectura del pasado que promueve “la discusión en hogares, clubes y bares, con tomas de partido que desembocan en reflexiones sobre la realidad actual”.³⁴ Ahora bien, el mérito adjudicado al programa, que en este artículo venimos analizando como parte de los recursos con que los lectores de la literatura de masas configuran sus relaciones afectivas con la política y la nación, presenta una serie de matices y tensiones cuando se trata de ponderar sus usos en el ámbito escolar.

7. La Historia de Masas y sus usos escolares

En este contexto de circulación y apropiación de la literatura de masas el caso de los docentes resulta doblemente revelador. Primero del tipo de apropiaciones y debates que desencadenan los libros así como de la necesidad de posicionamiento que genera en los maestros y profesores que conocen, pero rechazan la literatura que analizamos. En segundo lugar, y por lo anterior, resulta revelador de un tipo de configuración y de proceso que convalidan y amplían el argumento que venimos desarrollando: que la literatura de masas no sólo debe ser analizada desde el punto de vista historiográfico, sino que debe ser historizada en función de su capacidad de movilizar y articular intenciones políticas y, también, como vector que simultáneamente constituye y muestra un cambio en las lógicas de aprendizaje y sensibilización de los alumnos.

Hemos hablado ya de algunas de las modalidades en las que docentes consumidores de la literatura histórica de masas enmarcan sus lecturas, tanto en términos de una lógica de la sospecha como de una suerte de relativismo o perspectivismo extremo en el cual la historia no sería más que una transformación sofisticada de la ideología. Sin embargo, los últimos años han visto una expansión de la penetración y los usos de la historia de masas en la escuela –particularmente en la escuela media, pero también en los últimos años de la escuela primaria– que puede calificarse, sin temor a equivocarnos, de omnipresente. Ciertamente, como veremos en breve, no todos los docentes hacen uso de ella como herramienta pedagógica, o mucho menos adhieren a sus contenidos o enfoque. Aún así, es prácticamente imposible a esta altura para ellos no tomar posición respecto de una difusión que, con mayores o menores matices, parece difícil de detener: son legión los docentes que afirman que sus alumnos los interrogan sobre los programas, les recomiendan constantemente la lectura de la obra de Pigna, o aún les piden que incluyan sus libros o programas en las clases o el currículum.

Esta presencia se nos impuso en el trabajo de recolección de datos, saturando rápidamente una cuestión abierta en las entrevistas que realizamos entre docentes de nivel medio y primario de la Provincia de Buenos Aires: todos conocían, registraban y se veían obligados a dar cuenta de una relación con la historia de masas. Esta misma presencia se bifurcaba en recurrencias en las que las dimensiones de la adhesión y el repudio como las del uso pedagógico y su rechazo fueron apareciendo como claves en una serie de combinaciones también recurrentes. Así, la siguiente exposición no surge de una elección a priori de rasgos y opciones tipológicas: la tipología emergente de los usos de la historia de masas entre los docentes, da cuenta de una distribución posible de lecturas y usos, así como de la relevancia que espontáneamente le conceden los docentes a dichos usos y lecturas. De tal forma en la descripción de la tipología están embutidos una configuración y un proceso: el que revela la capacidad de interpelación de la literatura de masas, su establecimiento como una opción posible y como motivo de discusión, el retorno y actualización transformada de un sentido de las divisiones históricas y de lo válido en la práctica historiográfica y en la transmisión pedagógica.

Siendo así, a la hora de intentar reconstruir los diversos posicionamientos de los docentes en relación con la historia de masas y sus usos pedagógicos, debemos detenernos con más cuidado en las diversas tomas de posición así como en los recursos retóricos utilizados para

argumentarlas. A fines analíticos orientaremos las posiciones a lo largo de dos ejes principales: uno que referirá a la evaluación intrínseca de la historia de masas en cuanto producto en sí mismo y otro que hará referencia a su potencial valor pedagógico o instrumental en relación con el aprendizaje escolar de la historia. Finalmente, veremos como la intersección de ambos ejes define un espacio tipológico que nos permite ordenar lógicamente los diversos posicionamientos de los docentes respecto de la naturaleza y los usos de la historia de masas en el escenario escolar.

8. La Historia de Masas: entre la adhesión y el repudio

Las posiciones de los docentes respecto del valor intrínseco de la historia de masas como producto específicamente histórico varían enormemente, y si bien los matices y las distinciones no están precisamente ausentes, las posiciones polarizadas –adhesión entusiasta, enérgico repudio– suelen ser las más frecuentes.

Así, para comenzar por sus adherentes –que generalmente encontramos entre los más jóvenes– suele aparecer la afirmación (ya aludida en secciones anteriores) de que la literatura histórica de masas representa “*otra vereda*” u “*otra versión*” de la historia, que se opondría a la “*historia de bronce*”, “*historia oficial*” o “*historia de los ganadores*”, que pone a sus protagonistas en su justa proporción, “*bajándolos del pedestal*” y mostrándolos en su humana fragilidad. Habitualmente, este atributo se enuncia combinado con otro que es evocado con mucha mayor frecuencia, y que es el de la **accesibilidad**: la literatura histórica de masas estaría escrita de manera que cualquiera pueda entenderla, lo cual representa una democratización bienvenida del conocimiento, en la medida en que desmontaría un aparato retórico académico percibido como un obstáculo barroco e innecesario –y en ocasiones deliberado– a la difusión de la verdad histórica. Resulta frecuente, asimismo, que las críticas omnipresentes a la “*historia académica*” aparezcan bañadas de un tono anti-intelectual e incluso fuertemente populista, que condena el elitismo y las pretensiones aristocráticas de los intelectuales y su pretensión de “*sabérselas todas*”. La trayectoria como lector de Álvaro, profesor en Ciencias Sociales en los niveles secundario y terciario, nos provee de algunos indicios para comprender este posicionamiento que va de la mano de un modo particular de entender el acto de lectura. Para Álvaro, como para muchos otros de nuestros entrevistados, leer es mucho más que un acto estético asociado al ocio, en la lectura cifran la voluntad de encontrar en los libros claves interpretativas que los acerquen a la decodificación de situaciones personales o procesos sociales. En este camino de “*búsqueda*” se traman distintas formas de leer, aunque todas comprometidas con el objetivo de partida; así, Álvaro, compatibiliza las lecturas de Sábato, Borges y Fontanarrosa con las de Krishnamurti y Gandhi y, estas, con las de Galasso, Hobsbawm y Oszlak. Estas combinatorias, que lo encuentran en distintos momentos de su vida y ante distintas “*necesidades*”, son las que lo llevan a afirmar que “*nunca leí sintiéndome intelectual*”. Entendiendo por esto último una ventaja a la hora de sentirse menos determinado o “*encorsetado*” en sus elecciones, Ál-

varo sitúa su relación con los libros de Pigna en un posicionamiento mayor que sintetiza en la afirmación “no le tengo miedo a la difusión masiva” y que explica en la asociación con el modo en que, según su evaluación, se relacionaron desde 1955 el revisionismo histórico y la academia, “que ha descartado y basureado a todos los revisionistas”. De este modo, su reacción ante la historia de masas en la escuela –“no compro un libro de Pigna, pero cuando los chicos traen algo, vale”– queda inscripta en la intercesión de su lectura política, la sedimentación de las corrientes historiográficas y las discusiones suscitadas en torno a ellas, pero se resuelve en la opción por la pedagogía.

Sin repudiarla del todo, otros lectores señalan que las atribuciones que otorgan a la historia de masas un papel “*novedoso*”, “*alternativo*”, “*revelador*” o “*esclarecedor*” están basadas en la ignorancia de que se trata de argumentos que habrían sido presentados hace tiempo, e incluso ulteriormente refutados. Aún así, reconocen el mérito del énfasis divulgador de la historia de masas, y acusan a la academia de haber dejado vacante o abandonado –por indiferencia, falta de interés o elitismo implícito– el campo de la divulgación histórica. Estos lectores frecuentemente predicán una suerte de doble verdad averroísta en la lectura de la historia, reservando la “historia académica” para públicos especializados, y liberando alegremente el campo de la difusión para la literatura histórica de masas.³⁵ Estos lectores puntualizan en la historia de masas la posibilidad de estimular el interés por el pasado de sus alumnos. En el caso de Virginia, profesora en Ciencias Políticas desde hace 12 años, las críticas hacia los textos de Pigna y Lanata –“que te cuentan anécdotas de la época” y “no tienen mucho contenido”– no le impiden observar que estos autores pueden resultar el puntapié de una “buena clase” y, eso, depende más del docente que de la bibliografía utilizada. A la hora de elegir, Virginia prefiere otras lecturas entre las que cuenta a Hamilton, O’ Donnell y Sáenz Quesada y, con ellas, ejemplifica que su punto de crítica no es la masividad que alcanzan los autores que resultan “desprestigiados” por ello, sino la ausencia de otros recursos posibles para trabajar con los alumnos.

Finalmente, en el otro extremo del espectro, encontramos a los opositores vehementes de la historia de masas, que multiplican hasta el infinito acusaciones, imputaciones e invectivas que desembocan con frecuencia en arengas cargadas de furor. En la mayor parte de los casos se trata de docentes con formación académica en historia que se hacen eco de las críticas a las que hemos hecho referencia en el comienzo de este texto, así como algunas personas sin un entrenamiento académico formal pero que sin embargo han accedido a lecturas que los han expuesto a la producción histórica más rigurosa. Claudia, docente de Metodología y Sociología en el nivel terciario, no ahorra ninguna crítica hacia “Pigna y toda su calaña”. Por la falta de “profesionalismo”, por la simplificación de las interpretaciones de la historia que ofrecen o el “exitismo” que le imprimen al pasado los historiadores “que están mucho en los medios”, el eje de la crítica de Claudia es, más que hacia los autores de la historia de masas, hacia su idea de lo que debe ser el revisionismo histórico, cuya agenda cuestiona en la medida en que hoy no refleja las necesidades que los argentinos manifiestan en conocer e interpretar la historia reciente para actuar en el presente, por ejemplo. En definitiva, para Claudia, como para muchos otros

lectores, la valoración de la historia de masas es irreduciblemente un posicionamiento político que indica cuán a la “izquierda” o a la “derecha” se está de la historia liberal o, en su defecto, del revisionismo histórico. No es la acción del mercado o la masividad alcanzada lo que hace “malo” o “bueno” a un producto, de hecho Claudia es una lectora fanática de la zaga de Harry Potter, sino su inscripción en un contexto amplio de acción y participación política.

Sea cual sea la razón, estos opositores de la literatura histórica de masas hacen permanente hincapié en su *“falta de seriedad”*, su superficialidad o el detenerse en detalles ficticios, inverificables o inverosímiles. Según las versiones más elitistas de este argumento la literatura histórica de masas sería una versión degradada o caricaturesca del revisionismo de principios del siglo XX, pensada y dirigida a públicos a los cuales, por carecer de formación histórica, pueden *“vendérseles buzones”*, o *“presentar como novedosas cosas ya archisabidas”*. A esto se le agregan, en los lectores más familiarizados con la práctica historiográfica, las perennes acusaciones de anacronismo a las que ya nos hemos referido. Casi siempre estos rasgos son considerados consecuencia o sinónimo de su carácter *“exitista”* o incluso demagógico. Aquí es, por supuesto, donde hace su aparición la categoría condenatoria de *“lo mediático”*: para estos adversarios de la historia de masas el medio es el mensaje, de modo que hacen equivaler lo masivo a lo mediático y lo mediático a lo degradado, planteando en ocasiones una oposición tajante entre la *“cultura visual”* y la *“cultura letrada”* que vicia cualquier valor que puedan tener los productos de la historia de masas. Allí donde sus adherentes ven accesibilidad y la posibilidad de formar el propio juicio, muchos de sus detractores encuentran un producto degradado y un insulto a la inteligencia de los lectores, en la medida en que estos libros dan contenidos superficiales y diluidos que no requieren ni fomentan el pensamiento riguroso o crítico.³⁶

Sin embargo, más allá de estas evaluaciones, la literatura histórica de masas representa a la vez para los docentes contemporáneos un desafío y una tentación. Un desafío en tanto que, como hemos ya señalado, la misma penetra una y otra vez las fronteras institucionales de la escuela y exige, por tanto, respuestas y posicionamientos. E incluso aquellos que adhieren a los posicionamientos más críticos —esos que hemos alineado en el polo del repudio— saben por lo general de sobra que un rechazo demasiado vehemente podría implicar el riesgo de alienar a esos jóvenes lectores, alejando a esos alumnos excepcionales que leen —y que encima leen historia— de la una y de la otra; o el confrontar —a veces violentamente— con algunos de sus colegas. Pero también una tentación, en cuanto la innegable *“llegada”* que la literatura histórica de masas y sus subproductos tienen respecto de jóvenes y niños —o de al menos una parte de ellos— ofrecería la posibilidad de construir un puente que cruce a través del abismo de apatía, incompreensión o indiferencia que muchos docentes suelen adjudicar a sus alumnos. Es por todo esto que la pregunta por la literatura histórica de masas como herramienta pedagógica, en sus formas más específicas y concretas —esto es, si usarla o no en el contexto del aula— suele plantearse en forma separada de la de su valor intrínsecamente histórico. Aquí, si bien las opiniones también aparecen divididas, suelen ser más frecuentes los matices y las posiciones intermedias.

9. La Historia de Masas como herramienta pedagógica

Lo primero que debemos tener en cuenta a la hora de analizar las opiniones respecto del valor pedagógico de la historia de masas es el papel central –o incluso exclusivo– que cabe en las consideraciones y argumentos a los programas televisivos de los que hemos hecho mención, particularmente *Algo habrán hecho...* Efectivamente en nuestras entrevistas a docentes y directivos las alusiones a la historia de masas disparaban casi unánimemente evocaciones instantáneas referidas a *Algo habrán hecho...*, antes que a ninguno de los productos específicamente literarios del campo.³⁷

Algo habrán hecho... pone particularmente de relieve las dos aristas a las que nos hemos estado refiriendo al hablar de la pregunta por los usos de la historia de masas –la del desafío y la de la tentación– y es sin lugar a dudas el producto que despierta las adhesiones más vehementes, a la vez que suele suavizar las objeciones de los opositores al medio, al género o al autor, en la medida en que es visto –ya con entusiasmo, ya a regañadientes– como una posibilidad de abrir una brecha en la supuesta indiferencia o indolencia generalizada de los alumnos de la escuela contemporánea respecto de la historia. Su formato, su estructura narrativa, su impacto visual, son repetidamente invocados por sus defensores como criterios relevantes a la hora de utilizarlo como herramienta de enseñanza, al igual que el hecho de que el programa ha conseguido introducir menciones y referencias a la historia argentina incluso en los entornos más refractarios o socialmente marginales. Así encontramos nuevamente a Claudia –sumamente dura a la hora de criticar la literatura histórica de masas, tal como vimos en el apartado anterior–, señalando que *Algo habrán hecho...* tiene por mérito haber generado entre los adolescentes conectores entre sus vidas cotidianas y la historia nacional: “yo trabajo en una escuela técnica llena de pibes, varones adolescentes que escuchan cumbia villera y, de repente, escuchás en el patio de la escuela ‘eh! sacate esas patillas que parecés Belgrano!’”. Esta anécdota es la que permitía a Claudia afirmar que, aún cuando la historia de masas puede ser denostada en el plano de la interpretación historiográfica, también es verdad que “logró poner algunas cosas en la agenda de discusión de los pibes” y, desde ese punto, existiría un hiato que puede ser capitalizado por los docentes.

Vemos entonces que incluso aquellos que no exhiben una actitud precisamente entusiasta hacia Pigna o hacia su obra están dispuestos a reconocer la utilidad pedagógica potencial del programa para ciertos auditorios específicos, o como primer paso en un aprendizaje que –se espera– habría de llevar a los alumnos de productos más “básicos” o “mediáticos” a productos más complejos o específicamente académicos. Esto viene acompañado de una insistencia constante respecto de la necesidad de evitar que el programa se transforme en el **único** recurso de enseñanza –sustituyendo la clase o la lectura– y el reclamo de utilizarlo tan sólo como un disparador que permita montarse sobre la curiosidad de los alumnos y llevarlos a leer historia “seria” o académica, de modo que les permita incluso criticar ulteriormente la perspectiva del programa.³⁸

Sin embargo, tampoco faltan los escépticos a rajatabla, que argumentan que la transición propuesta por sus defensores de los productos “masivos” a los “académicos” jamás se produce, siendo un supuesto que no encontraría confirmación empírica en la cotidianeidad del aula. Según estas posiciones, la fascinación por lo visual y por lo televisivo se agota en sí misma, y no produce competencias ni intereses que puedan ser transferidos a la cultura letrada y rigurosa exigida por la enseñanza de la historia. Aquí la distinción entre lo masivo y lo mediático tan cuidadosamente invocada por los defensores de estos productos colapsa en una barrera infranqueable entre la cultura visual y la letrada, y en la aseveración de que la transferencia entre una y otra es prácticamente imposible.

Aún así, estas posiciones extremas son la excepción. Más frecuente es el caso de aquellos que, aún reconociendo que se trata de un producto “*mediático*”, “*comercial*” o “*masivo*”, celebran la difusión de una curiosidad generalizada por la historia y celebran la posibilidad de apoyarse en ella para construir encima un aparato pedagógico más complejo y riguroso.³⁹ En las tensiones entre las lealtades ante lo que los docentes entienden por “buena historia”, las ponderaciones de las corrientes historiográficas y los recursos pedagógicos se trama el lugar que la literatura histórica de masas gana en las aulas. Los resultados siempre diversos de estas combinaciones sintetizan lo que finalmente es una preocupación común a todos los docentes, la compleja tarea de mediar las demandas institucionales, los intereses de los alumnos y las propias formaciones como docentes.

10. Un mapa preliminar de las posiciones de los docentes respecto de la Historia de Masas

Si combinamos ahora los dos ejes sobre los cuáles hemos orientado la presentación de nuestros datos quedará delimitado un espacio sobre el cual podremos situar los posicionamientos generales de los docentes respecto de la historia de masas y sus usos escolares, y que tendrá como vértices las cuatro posiciones ideales que representan las diversas combinaciones de las oposiciones polares.

Así, en el primer vértice tendríamos aquellos que **adhieren y usan**, es decir los que valoran la historia de masas como un producto valioso en sí mismo, al tiempo que elogian sus cualidades o posibilidades pedagógicas. Según nuestra experiencia esta posición es minoritaria entre los docentes, y aparece a título excepcional en algunos docentes jóvenes que han sido “iluminados” o “reconciliados” con su pertenencia nacional a través de esas revelaciones implícitas en la literatura histórica de masas de las que ya hemos hablado y se trata con frecuencia, en estos casos, de un apostolado movido por el entusiasmo del converso.

Aún más infrecuente es la posición de quienes **adhieren y no usan**. Se trata aquí de docentes que aún cuando se cuentan entre los asiduos lectores de la literatura histórica de masas, consideran que las complejidades inherentes en las operaciones de lectura, así como

en las disposiciones necesarias para llevarlas a cabo la sitúan por fuera de las posibilidades de sus alumnos. Consistentemente con esta imputación, encontramos que esta posición suele ser más frecuente entre los docentes que se desempeñan en escuelas de sectores populares, en tanto suponen que las disposiciones de estos alumnos los sitúan a una mayor distancia de la cultura letrada. Respecto de los programas de televisión los reparos suelen ser menores, y refugiarse en el temor a la banalización excesiva de la comprensión histórica: cabe destacar que si los incluimos en la consideración de la historia de masas y sus usos, esta categoría quedaría vacía.

La posición más frecuente, de lejos, es la de aquellos que **no adhieren** y que sin embargo **usan**: encontramos aquí a la mayoría de los docentes que, luego de expresar diversas objeciones y reparos muchas veces bien argumentados respecto del valor intrínseco de la historia de masas, afirman, sin embargo, la existencia de numerosos usos pedagógicos legítimos o –en el peor de los casos– justificados. Hemos dado ya muchos ejemplos de estos argumentos: ya sea que se los use como disparador, como complemento, como punto de partida o como objeto de análisis crítico, los productos culturales ligados a la historia de masas –y una vez más, en particular los televisivos– irrumpen una y otra vez en los espacios de enseñanza sometiendo a los docentes a la necesidad de posicionarse frente a ellos. La actitud generalizada, como hemos visto, suele ser intentar utilizarlos como plataforma para franquear el foso de la indiferencia o la incompreensión imputadas a los alumnos, a veces con entusiasmo, a veces con resignación. Y aún en el caso de que se discrepe con su calidad o su pertinencia didáctica, los docentes se muestran renuentes a desalentar a sus alumnos o descalificar a sus colegas para los cuales los productos relacionados con la historia de masas representan algo valioso.

Finalmente, encontramos un grupo minoritario pero militante conformado por los que **ni adhieren ni usan**, constituido por docentes con formación terciaria o universitaria en historia cuyo repudio monolítico hacia lo que perciben como un producto degradado y espurio se une a un desprecio por “*lo comercial*”, “*lo masivo*”, “*lo mediático*” y “*lo fácil*” argumentado desde el rigor de la investigación histórica y del monopolio necesario de la cultura letrada en la experiencia de enseñanza y aprendizaje escolares. La irrupción de la historia de masas es experimentada por estos actores como una influencia seductora a la vez que potencialmente corruptora, de modo tal que resistirse a ella es no sólo un acto de honestidad intelectual sino, sobre todo, un imperativo de índole moral.

En este marco resulta relevante el argumento que Sarlo que al intentar describir el prestigio de la historia de masas en el mundo escolar, ponía de manifiesto las dificultades de la escuela para derivar narraciones convocantes del saber universitario más avanzado y mediar entre lo masivo y lo académico.

La institución escolar podría ser la mediadora de este conflicto [entre la historia académica y los productos masivos] pero no tiene fuerza. La crisis de una historia nacional presentada por la escuela y que convenza en primer lugar a quienes deben enseñarla está acompañada por la dificultad que experimentan los maestros para entenderla, a causa de una débil

formación intelectual que no los habilita del todo para trabajar con la historia producida en las universidades y extraer de ella las narraciones para la enseñanza.⁴⁰

Si esto es así, al menos en parte, tenemos que subrayar algo que surge de lo que hemos dicho antes acerca de la ambigüedad del término “pensar”, de cómo “piensan” los docentes y de “debilidad” de su formación intelectual: aún cuando esta fuera real, aún cuando lo fuera más que lo que podría deducirse de la fidelidad que otrora tuvieron para con la historia liberal o revisionista clásica, muchos docentes leen la historia académica como un relato más al que ellos se oponen en nombre del uso generalizado de la noción de “relatividad de los puntos de vista” y de que, para ellos, “todo es ideológico”.⁴¹ Respecto de esa dimensión, que preside las apropiaciones y las preferencias de lo que los docentes llevan a las aulas, nuestras recurrencias muestran que muchos docentes piensan que los relatos académicos son apenas una ideología contraria a la de Pigna y ellos prefieren esta última. Su posición podrá no tener verdad científica, y en ese sentido revelar debilidades de formación. Pero ello no implica ausencia de actividad y de movilización crítica sino algo que oscila, según quien interprete, entre la anomia metodológica y la necesaria sobreimpresión de una epistemología política a la lectura y transmisión de la historia. No es una casualidad que junto a los jóvenes, los docentes se encuentren entre sus principales lectores. Tampoco resulta un dato menor que muchos de los docentes identifiquen en la historia de masas las sedimentaciones, siempre mediatizadas, de los debates entre las corrientes historiográficas y, en estas, las diferencias ideológico-políticas. Volveremos sobre esto cuando nos detengamos en los lectores entrevistados, pero anticipemos que desde mediados del siglo XX, buena parte de las confrontaciones entre la historia liberal y el revisionismo histórico encontró en las aulas uno de sus escenarios, por ejemplo en lo relativo a la conformación del panteón de próceres nacionales y las efemérides integrantes del calendario escolar.

11. Conclusiones

Los intelectuales de masas, como hemos visto, constituyen algo así como la voz del inconformismo político permanente de las clases medias: desde posiciones elaboradas y estilizadas plantean relaciones contrastantes con el pasado nacional y definiciones diferenciadas de la sociedad y la experiencia nacional. Todos los intelectuales son inconformistas, pero lo son de formas muy diferentes: los intelectuales argentinos, si por un lado sostienen que el problema del país es la falta de síntesis de su pasado, por otro producen los actos concretos por los que esta fijación se reproduce y aún divididos profundamente por discrepancias ideológicas y políticas, coinciden en la necesidad y en la posibilidad de retornar al pasado para encontrar los ejemplos y aún el camino de las virtudes del que el país se extravió de forma imperdonable.

El proceso de anudamiento de una corriente de libros y lectores de clases medias referidos a la historia y a la política nacional permite discernir tres momentos y dos pasajes entre estos momentos: la distancia y el repudio de los compromisos nacionales, la interiorización de los

rasgos negativos que se han construido en una autocrítica histórica y la implicación en nuevas apuestas. Este conjunto de figuras y lecturas que pueden discernirse en libros y lectores no se produce aisladamente. No puede ignorarse la concomitancia temporal entre el surgimiento de este género de libros y el proceso social más amplio. La “crisis de 2001”, los prolegómenos de la misma, o la realidad agobiante de una época en que se sucedían unos tras otros los años de recesión económica, son en dichos libros el antecedente explícitamente invocado como un momento de incomprensión de la realidad y descrédito de las explicaciones reinantes, de toma de la pluma y del ejercicio crítico; de un vuelco hacia lecturas que satisfacen mucho más que un impulso de diversión o conocimiento genérico. No está de más recordar que a fines de 2001 las clases medias ocuparon un lugar de privilegio en el escenario político debido al protagonismo que tuvieron en una serie de hechos en los que cuestionaron el ejercicio de representación política que desarrollaron varios equipos dirigentes (no sólo el “cacerolazo”, o las diversas protestas de sectores perjudicados por el abrupto cambio de pautas monetarias y financieras, sino también, de hechos como el voto en blanco que alcanzó masividad en las zonas en las que se concentran variados segmentos de las clases medias).

En este contexto, entendemos que una de las claves de interpretación de la relación entre la circulación de la literatura que analizamos y el proceso más amplio es la siguiente: la literatura político-histórica de masas, su producción y su lectura, pueden ser comprendidas como una de las formas a través de las cuales las clases medias se inscriben en un proceso en el que el malestar y la perplejidad se fueron articulando políticamente y tomando facciones específicas a lo largo del tiempo y de un proceso de puesta en público. En relación con ese contexto histórico y en interrelación con el resto de la dinámica política del país, estos libros y las corrientes de opinión general pueden ser concebidos como un proceso de reelaboración de las categorías de las clases medias, de un movimiento que cuestiona y recompone creencias básicas de los sujetos en relación con el orden político y, más aún, en relación con la identidad nacional, con la propia existencia e inserción del país en el espacio y el tiempo histórico. Todo este movimiento se realiza con la particularidad de un retorno al pasado y a divisiones históricas que manifiestan una vitalidad no sospechada, aunque no necesariamente irreductible. Autores y lectores pivotean entre la superación y la afirmación transformada de viejas fronteras de la política argentina. El que muchos de los lectores de la historia de masas sean docentes o alumnos indica no sólo hasta que punto esta literatura ganó en espacios de reflexión y elaboración de posicionamientos políticos y vínculos de pertenencia a la nación. También revela el grado en que la escuela se presenta como uno de los ámbitos en que la sedimentación de los debates entre las corrientes historiográficas –frente a los que los docentes no permanecen ajenos–, en el encuentro con la práctica pedagógica, se torna un modo sumamente eficaz en la construcción de valoraciones y ponderaciones de la historia argentina.

Notas

¹ Este artículo parte del trabajo realizado en el marco del Panel “Best Sellers históricos: debates para una etnografía de la circulación y apropiación de la literatura de masas”, desarrollado en el IX Congreso Argentino de Antropología Social, “Fronteras de la Antropología”. Los autores agradecen los comentarios recibidos de Federico Neiburg y Gonzalo de Amézola, quienes no son responsables de lo escrito aquí.

² En este trabajo tenemos en cuenta algunos de los que consideramos los principales artículos y reportajes de los autores citados en referencia a la historia de masas. En el caso de Halperin Donghi, véase Halperin Donghi, Tulio: “La sociedad Argentina no es inocente”, entrevista en *Ñ. Revista de Cultura* N° 87, Buenos Aires, 28/5/05, pp. 6-9. Para el caso de Romero, véase Romero, Luis Alberto: “La historia en la Escuela”, en *La Nación*, 3/3/06; Romero, Luis Alberto: “Neo-revisionismo de mercado”, en *Ñ. Revista de Cultura*, N° 66, Buenos Aires, 31/12/04, p. 26; Palomar, Jorge: “En torno de la verdad”, entrevista a Luis Alberto Romero y Miguel Ángel De Marco, en *La Nación*, 30/4/05; Romero, Luis Alberto: “Mercaderes de la historia”, en *La Nación*, 24/2/04. Para el caso de Sabato-Lobato véase Sabato, Hilda y Mirta Lobato: “Falsos mitos y viejos héroes”, en *Ñ. Revista de Cultura*, N° 118, Buenos Aires, 31/12/05, pp. 12-3. Para el caso de Sarlo véase Sarlo, Beatriz: “Historia académica vs. historia de divulgación”, en *La Nación*, 22/1/06 y para el caso de Jorge Gelman véase Gelman, Jorge, “La historia académica al contraataque”, en *La Nación*, 11/10/07.

³ Sabato, H. y Lobato, M., *op. cit.*

⁴ Nos referimos a la colección editada por Sudamericana, “Nudos de la historia argentina” que, bajo la dirección de Jorge Gelman publicó, entre otros títulos, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945* de Alejandro Cattaruzza; *Indios y cristianos* de Silvia Ratto y *El día que se inventó el peronismo* de Mariano Ben Plotkin.

⁵ Sobre este punto la argumentación de Sabato y Lobato es inapelable. Véase Sabato, H. y Lobato, M., *op. cit.*

⁶ Romero, Luis Alberto, “Neo-revisionismo...”, *op. cit.*

⁷ Sabato, H. y Lobato, M., *op. cit.*

⁸ Romero, Luis Alberto, “Mercaderes...”, *op. cit.*

⁹ Los críticos no han captado las tensiones de estos libros en la hipótesis indiscutible de su prescindibilidad académica. La excepción la constituye Beatriz Sarlo, que muestra cómo oscilan entre dos mitologías básicas: una narración histórica que supone una edad dorada desperdiciada por los herederos y los contemporáneos y otra que abona la hipótesis de que la vida nacional es un ciclo de repeticiones incesantes del que el presente decepcionante es una vuelta más.

¹⁰ No es casual que el apogeo de este libro, que solicitaba este tipo de lectura aunque no necesariamente la avalara, se diera en aquel verano de 2002 en que, en la escena pública de la Argentina, se planteaban seriamente alternativas como la dolarización, la regionalización, el acompañamiento de la invasión a Irak o las opiniones sobre la futura renegociación de la deuda externa, todas ellas difíciles de pensar apenas unos meses más tarde.

¹¹ Aguinis, Marcos (2001): *El atroz encanto de ser argentinos*, Planeta, Buenos Aires, pp. 141, 169 y 228.

¹² *Ibid.*, p. 9.

¹³ Aguinis, Marcos (2004): *¿Qué hacer? Bases para el renacimiento argentino*, Planeta, Buenos Aires, p. 10.

¹⁴ Aguinis, Marcos, *El atroz encanto...*, *op. cit.*, p. 16.

¹⁵ *Ibid.*, p. 9.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 18 y 19.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 19, 218, 21, 42, 86 y 163.

¹⁸ *Ibid.*, p. 28.

¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

²⁰ *Ibid.*, p. 30.

²¹ Lanata, Jorge (2004): *ADN. Mapa genético de los defectos argentinos*, Planeta, Buenos Aires, pp. 88, 113 y 105.

²² *Ibid.*, p. 212.

²³ Los libros de Lanata podrían sintetizarse como una larga enumeración de mitos argentinos a ser dismantelados: desde aquellos que se corresponden con las virtudes de los “próceres”, a los mitos que definieron determinados juegos, fiestas, inventos y costumbres como “típicamente argentinas”.

²⁴ Lanata, Jorge (2003): *Argentinos. Siglo XX: desde Yrigoyen hasta la caída de De la Rúa*, Ediciones B. Grupo Z, Buenos Aires, Tomo 2, p. 14.

²⁵ *Ibid.*, p. 221.

²⁶ En *Clarín*, 9/1/05.

²⁷ En *Clarín*, 9/1/05.

²⁸ Se trata de la revista *Caras y Caretas*, un mensuario en papel ilustración que lleva por subtítulo “*La revista de la patria*” y que se presenta como continuadora de una importante publicación de fines del siglo XIX y principios del XX. La presentación de la revista así como la argumentación detrás de esta pretensión de continuidad pueden encontrarse en su sitio web en http://www.carasycaretas.org/revista_larevista01.asp

²⁹ A través de esta columna Pigna refiere semanalmente a hechos de actualidad, poniéndolos en relación con reconstrucciones del pasado nacional que se presentan como análogos de los mismos.

³⁰ La mencionada colección se presenta como una serie de álbumes en el estilo gráfico del *comic* infantil –*Asterix* o *Las Aventuras de Tintín* son las referencias visuales más inmediatas– dedicada al tratamiento de personajes o eventos de la historia argentina. Hasta este momento, los números aparecidos están dedicados a Bouchard, San Martín, La Revolución de Mayo, Sarmiento, Las Invasiones Inglesas y Belgrano.

³¹ <http://www.elhistoriador.com.ar>

³² Resulta obvio y hasta trivial suponer que esta multiplicación de formatos y estilos registra impactos muy diversos en igualmente diversas clases de públicos, dando origen a diversas configuraciones de consumo de la obra de Pigna. Sin embargo, al no haber realizado estudios sistemáticos sobre la circulación y el acceso a los diferentes productos, los datos que poseemos sobre este particular son, en el mejor de los casos, fragmentarios e indiciales. Para en el caso de nuestros entrevistados, se destaca la ausencia de las menciones a *Caras y Caretas* –incluso entre aquellos que se dicen “*fáns*” o “*seguidores*” de Pigna–. Respecto de las historietas, si bien su aparición era muy reciente al momento de realizar la última serie de entrevistas, se registra una presencia más o menos notoria entre un público de niños de clase media de entre 9 y 12 años, generalmente lectores de *Los Mitos*... Sobre los programas televisivos tendremos ocasión de extendernos con mayor detalle.

³³ Cabe destacar que aún cuando Lanata no ha vuelto a publicar en el campo de la literatura histórica de masas desde *ADN* (2004), justificando en cierto modo el “olvido” de su obra en este dominio, no es este el caso de Aguinis, que lanzó la segunda parte de *El Atroz Encanto de Ser Argentinos* en 2007.

³⁴ O’ Donnell, Santiago, “El Gen argentino’ una televisión esperanzadora”, en *Página 12*, 17/9/2007.

³⁵ Veremos algo más adelante como la forma más elaborada de este argumento se construye en torno de consideraciones específicamente pedagógicas.

³⁶ Ciertos lectores aficionados a los temas históricos agregan a la lista de acusaciones el hecho de que las obras pertenecientes a la literatura histórica de masas sobrevuelen rápidamente la totalidad de la historia argentina sin detenerse

a profundizar ninguna de sus coyunturas o personajes críticos. Interesantemente, muchas de estas posiciones presentan a modo de contraste ejemplos sacados de la novela histórica y casi nunca de la producción académica.

³⁷ Por otra parte, son estos programas televisivos los que ocupan el centro de las consideraciones pedagógicas, en la medida que –como señalan incluso muchos entusiastas adherentes y defensores de Pigna– cabe a sus textos las generales de la ley: más allá del grupo específico de sus lectores los alumnos suelen experimentar dificultades a la hora de leer un texto largo –tanto en lo que hace a mantener el interés como en lo referido a seguir la argumentación– por lo cual la única forma de utilizarlos sería bajo la modalidad del fragmento: fotocopias de pocas páginas, incluso de algunos párrafos.

³⁸ Resulta interesante señalar que esta misma posición es la que encontramos entre los productores del programa. Uno de ellos nos comentó, durante una entrevista, que si bien en principio la penetración de *Algo habrán hecho...* en las aulas los llenaba de orgullo, por otro lado era fuente de preocupación porque temían que el programa terminara funcionando como sustituto de la práctica de la lectura, incluso de la lectura académica.

³⁹ A veces se agrega a esta apreciación un elogio que reconoce un valor agregado al hecho de que programas con esta temática encuentren una aceptación extendida en públicos infantiles y juveniles, en lugar de lo que suele referirse con la expresión “*televisión basura*”.

⁴⁰ Véase Sarlo, Beatriz, *op. cit.*

⁴¹ El uso “pro anomia metodológica” que surge de la divulgación “descontrolada” de la crítica al positivismo puede seguirse plenamente en un debate que tuvo sede en el foro del diario clarín y convocó a detractores y defensores de la historia de masas. En el mismo era posible leer una opinión que como la siguiente era paradigmática de la posición que atacaba al ataque de los historiadores académicos, en nombre de la multiplicidad de los puntos de vista y su eficacia en la escritura de la historia: “Personalmente, ninguno de los maestros y profesores que tuve en todos los años que llevo estudiando me contó la historia como la cuenta Felipe Pigna, creo que no cualquiera puede contar historias como él; si todos o cualquiera tuviéramos la capacidad de contar historias y llegar a tanto público como el lo hace... seríamos el mismísimo Felipe Pigna. Creo que hay que ser inteligentes y saber que a la historia siempre hay que tomarla con pinzas teniendo claro que es un relato de alguien (...) y que ese alguien no puede escapar a lo que es (...) por lo tanto no puede evitar poner en el relato sus pasiones. Bueno sería que podamos escucharnos y tratar de entendernos (...) y tomar un poquitito de todo y hacer nuestro propio análisis”, en http://foros.clarin.com/topic.asp?topic_id=684&pagina=24 05/01/2006.